

ULTIMAS IMPRESIONES DE CUARESMA.

La humanidad tiene también su drama, triste como su misión sobre la tierra, doliente como sus lágrimas, sangriento como sus heridas: asunto interesante, el dolor; escenas de ayer y de hoy, decoración de ruinas, desenlace de sepulcros. Drama perpetuo en la no interrumpida sucesión de los siglos y de las generaciones, perpetuo en vicisitudes, perpetuo en la inestabilidad. Drama trágico, cuyos protagonistas son tanto más interesantes, cuantas más lágrimas constituyen el fondo de su historia; tanto más acreedores al culto de la posteridad, cuanto más mártires; porque la gloria es la predestinación exclusiva del martirio.

No obstante, el afán de inmortalizarse es á la humanidad, lo que el amor á la vida es á cada hombre, afán sublime de perpetuar los grandes hechos de sus mártires ó víctimas, favoritos de la gloria, cuya recompensa es el recuerdo;

pasión innata, en sumo grado ennoblecida, desde que el dolor fué santificado por el mismo Dios, como prenda de gloria, en el Calvario.

La historia, empero, de los hombres, ora se la llame drama, ora epopeya; ora grabada en bronce, ora en granito, se despedaza y pierde. El huracán de las edades juega con los monumentos del orgullo humano, como con la hojarasca el viento del otoño; pero no removerá jamás, para perderla, ni una sola página del poema de los poemas, del poema divino del Evangelio. ¡Sólo las obras de Dios participan de su inmortalidad!

Ha casi dos mil años que subsiste el mundo; que dure cien mil más, y las impresiones que hoy conmueven mi alma, conmoverán otras almas; y las ideas que agitan hoy mi mente agitarán otros cerebros. Los siglos se suceden á los siglos; el polvo se amontona sobre el polvo; pero Dios sobrevive á cuanto existe. ¡Rey de los siglos! ¡Señor de las edades!

Hablamos del mundo de reminiscencias que contienen los principales misterios de la gran semana, de la semana del dolor y de las lágrimas, de la semana santa. Mas, para ponderarlos, preciso es penetrar en nuestros templos; preciso es escuchar los dolorosos acentos de la Iglesia, evocando á sus profetas, á esos genios sublimes del dolor, verdaderos intérpretes de las grandes desgracias de todos los siglos y de todas las generaciones. Isaias, David y Jeremías fueron hombres y, como tales, pudieron aprender la elocuencia de la adversidad; mas, si á las revelaciones del corazón añadimos las del genio, y á estas las de una misión providencial, convendremos fácilmente en que, con las lamentaciones de los poetas sagrados, pueden quejarse todos los dolores y llorar todos los siglos.

Escuchémosles. Mas, para esto, sigamos á la Iglesia en algunos de sus oficios, en la gran semana, desde el día en que celebra la triunfante entrada de Cristo a Jerusalén.

Bien conocida es la historia. Cinco días antes de su muerte, el Redentor del mundo llegó en Betania y se albergó en la casa de un amigo suyo. ¡Siempre un amigo el mejor confidente en los dolores supremos! Muy por la mañana, emprendió de nuevo su camino, y cuando hubo llegado á las inmediaciones de la ciudad deicida, lloró sobre ella, en medio del triunfo con que fué aclamado, como el Dios de los oráculos. ¡Lloró, sí, lloró. . . . abundantes lágrimas abrazaron sus mejillas! Seguido de la muchedumbre, penetró en el templo y pronunció el más admirable discurso que hubo jamás brotado de sus divinos labios. Oyóse á este tiempo retumbar en el cielo una voz, como de trueno, último aviso de misericordia, que, perdiéndose en la extensión de los espacios, no halló eco alguno en el corazón de la Sinagoga ingrata; y por esto, presintiéndolo, lloró Dios; pero también maldijo.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! decía, suspirando y con la voz embargada por el llanto; ¡Jerusalén. . . cuántas veces he querido acogerte al amparo de mi amor; y tú no lo has querido! Y sin poder continuar, concluyó lanzando, acaso, un grito: ¡Ay! si supieras el don de mi venida, si á lo menos, comprendieras la voz con que te invito; pero todo, todo está encubierto, por ahora, á tus velados ojos!. . . Siguióse una solemne pausa, doloroso intervalo de sollozos, que sucede siempre al llanto que no admite consuelo. Ayes prolongados de un Dios, aun repercuten

al través de las edades; eterna maldición, aún pesa sobre el mundo. ¡La Sinagoga subsiste! ¡Aun se realiza el drama del Calvario!

Pero volvamos al día de las Palmas. La Iglesia principia bendiciéndolas, con una tierna plegaria, y luego continúa: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Gloria en los cielos, paz en la tierra! ¡Hosanna al Hijo de David!*

Algunos de los fariseos dijeron á Jesus: *Haced, Maestro, callar á vuestros discípulos: mas Jesús respondió: En verdad, en verdad os digo, que, si ellos callaran, las piedras hablarían.*

Y cuando Jesús estuvo cerca de Jerusalén, se detuvo mirándola y lloró diciendo: ¡ Oh ! Jerusalén, si á lo menos, supieras en este día lo que puede asegurarte la paz; pero todo se oculta hoy á tus ojos !

Abríos, abríos, puertas eternas, dejad pasar al Rey de la gloria. ¿ Cuál es este Rey de la gloria ? El Señor fuerte y poderoso, invencible en las batallas. ¡ Abríos, abríos, puertas eternas !

Cuando Jesús hubo entrado en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y el pueblo repetía: Es Jesús el Profeta, Jesús de Nazaret, Jesús de Galilea. ¡ Hosanna al Hijo de David !

Hasta aquí el himno de triunfo. Luego lamentaciones, salmodias funerarias, ayes de muerte, en perfecta conformidad con nuestro profundo abatimiento. En la menor ceremonia de nuestro culto, nada hay sin un misterio, sin una lección, sin un recuerdo.

El lunes, martes y miércoles santos nos traen á la memoria los varios acontecimientos que precedieron á la pasión del Salvador. Desde que principia el oficio llamado de *Tinieblas*, no se escuchan otras voces que la de David, llorando la muerte de su Criador; la de Jeremías, lamentación de las lamentaciones; la de la Iglesia, grito de penitencia, de plegaria y de perdón. ¡ Jamás lloró el dolor con quejas semejantes !

¡Oh cómo yace la ciudad, antes populosa y hoy desierta y triste ! La Reina de las naciones, como viuda desolada, ha venido á quedar tributaria del extranjero. Toda la noche llora, y llorando, de dolor ha marchitado su semblante; se ven las señales de las lágrimas sobre sus mejillas. De cuantos amaba, nadie piensa en ella ni viene á consolarla.

Para salvarse de la aflicción de la servidumbre y libertarse de la esclavitud, Judá dejó la patria. Buscó en vano entre los extranjeros el reposo perdido y le ligaron para perseguirla.

Las calles de Sión lloran su soledad; nadie pasa por ellas ni acude á las solemnidades del templo; las puertas de éste se hallan rotas, el atrio desierto; los sacerdotes sumergidos en el dolor y las vígenes vestidas de luto, lloran en la amargura.

Sus enemigos le han echado por tierra y se han apoderado de sus riquezas, porque el Señor, irritado de sus iniquidades, la había condeando en su justicia. ¡Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor tu Dios!

Todo es luto y tristeza en estos días. El silencio universal; interrumpido por el bronco clamoreo de la matraca, trae instintivamente á nuestra imaginación

la noche del gran delito, con sus rumores y misterios, con sus fantasmas y sombras, con el tumultuoso ruido de los instrumentos de la traición con que avanzaba armada la comitiva del primer sacrilego, á sorprender á Jesús en su agonía. ¡Silencio de dolor, elocuente con toda la solemnidad de sus misterios, durante el cual parece no escucharse otros acentos que los de: "¡Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor tu Dios!" ¡Exortación sublime, voz de alerta! Compadece y alienta, amenaza y previene al mismo tiempo. Tal es el oficio llamado de *Tinieblas*.

Entre tanto, y como un pasajero rayo de gozo, llega el día solemne, destinado á conmemorar la institución de la adorable Eucaristía. Mas, al llegar en este punto, es preciso confesarlo, deseáramos tener mil corazones, para poder soportar el cúmulo de contrarios sentimientos que inspira el mayor de los contrastes, contraste heterogéneo de vida y de muerte, de gozo y de duelo, de luto y de pompa, ante el cual acabamos por ceder irresistiblemente, más al dolor que á la alegría. ¿Será ésto en fuerza de la natural propensión del corazón humano? La Iglesia nos responde, presentándonos en este día, como única demostración de regocijo, el altar del Monumento.

Las sombras de tristeza que preceden y siguen al día del *Mandato*, no pueden convenir, en efecto, con la sublimidad del gran misterio, del portento de los portentos de Dios, para el cual debe existir otra nota en la armonía de los conciertos, otra fibra entre las del sentimiento, otro día, en fin, entre las grandes solemnidades de la Iglesia.

Nada más justo, pues, que optar por el dolor, cuando todas las ceremonias sagradas de este día contribuyen á poner en relieve el patético contraste de que venimos hablando. Nos representan, por una parte, al Hijo de Dios, buscando entre los tesoros de su magnificencia, una prenda incomparable de ternura, grande como su misericordia, inmensa como su amor, infinita como su omnipotencia; y por otra parte, á los hombres, preparando al mismo tiempo, todo género de injurias, de ultrajes y de ignominias, maquinando, en fin, la muerte del Autor Soberano de la vida. ¡Paradoja de amor é ingratitud, cuán hondos son tus misterios!

Mas, he aquí, llegado el día del gran duelo. ¿Qué hora es? . . . se pregunta conmovido el corazón cristiano, en este día; y el índice del tiempo parece detenido eternamente, marcando pesaroso una sola hora. ¡La hora de los vaticinios, la hora de la predestinación, la hora del gran misterio! ¡Hora de muerte y de vida, de delito y de perdón, de luz y de sombras, de gracia ó maldición! ¡La hora de las venganzas del cielo y de las esperanzas de la tierra! ¡La hora del réprobo impenitente que perece y del elegido que se salva! ¡La hora de la Redención! Parece aún escucharse la vibración de aquella hora, única en la sucesión de los instantes, doliente como el eco del postrer gemido de una víctima inocente, triste como la última queja de un mártir de un amor, que muere amando, solemne como el grito desgarrador de un Dios que venga su amor con su martirio. ¡De un Dios que expía, de un Dios que perdona, de un Dios que redime!

.

Cuando la Iglesia, al finalizar el canto conmovedor de la pasión, llega á las palabras, *Consumatum est*; parece sentirse de nuevo el formidable cataclismo, con que llorara su horfandad el mundo, en aquella hora suprema, lanzando ayes de cada una de las grietas de sus montes conmovidos, ayes de sus océanos y de sus abiertas tumbas. Mas, hoy como entonces, hay una roca incommovible, una siniestra tumba, el corazón del hombre empedernido. A él es á quien la Iglesia continúa dirigiendo estas sentidas quejas, por medio de sus oráculos.

¡ Oh ! pueblo mío. ¿Qué te he hecho, ó en qué te he contristado? . . . Respóndeme! . . .

"¿No fuiste la viña que planté y que guardé bajo mi protección? . . . Marché delante de tí, como una columna luminosa de nubes; y me condujiste al pretorio de Pilatos. . . . Te mantuve con el maná del cielo; y me golpeaste llenándome de cardenales.

Hice surtir agua de una roca, para aplacar tu sed; y me diste á beber hiel y vinagre. Puse en tus manos el cetro del mundo; y tú pusiste en mis manos una caña y sobre mí frente una corona de espinas.

Te hice subir al trono del poder; y me levantaste una Cruz. ¡Oh! pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, ó en qué te he contristado! ¡Respóndeme!

¡Reconvenciones tiernas, salidas del fondo del corazón de una víctima inocente y dirigidas á sus verdugos, al someterse al suplicio! Delirio de dolor y de amor al mismo tiempo, apóstrofe sangriento lanzado por un Dios, diez y ocho siglos hace, y que aún tiene dolorosa aplicación al mundo entero, á cada nación en particular, á cada pueblo cristiano. ¡Pueblo mío! ¡Pueblo mío! ¿qué te he hecho yo, ó en qué te he contristado?.... Porque te libré del cautiverio del infierno en que yacías; porque te mantuve en el desierto de la vida con el maná de mi doctrina santa; porque aplaqué tu sed, con los raudales de mi gracia soberana; porque te abrí las puertas de la tierra de promisión, eternamente cerradas; porque puse en tus manos el cetro de la inmortalidad y de la gloria, me levantas un patíbulo. ¡Pueblo mío! . . . ¿Qué te he hecho yo, pues, ó en qué te he contristado? ¡Respóndeme! ¡Respóndeme!

El oficio del Viernes Santo termina con el himno "*Stabat Mater*," cuyos acentos de dolor nos trasportan irresistiblemente al Calvario, allá junto al suplicio de la Reina de los mártires, después de la consumación del sacrificio infinito, allá donde me siento arrebatado por mi pensamiento, allá JUNTO A MI MADRE.

Tomás A. Alvarado.